

ISSN: 1139-0107

ISSN-E: 2254-6367

MEMORIA Y CIVILIZACIÓN

ANUARIO DE HISTORIA

21 / 2018

REVISTA DEL DEPARTAMENTO DE HISTORIA,
HISTORIA DEL ARTE Y GEOGRAFÍA
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
UNIVERSIDAD DE NAVARRA

INFORMES Y ESTADOS DE LA CUESTIÓN

Ignacio Olábarri Gortázar

Visiones recientes del estalinismo

Recent Views of Stalinism

pp. 749-760 [1-12]

DOI: 10.15581/001.21.021



Universidad
de Navarra

Visiones recientes del estalinismo

Recent Views of Stalinism

IGNACIO OLÁBARRI GORTÁZAR

Universidad de Navarra
iolabarr@unav.es



Ferro, Marc, *Les Russes. L'esprit d'un peuple*, París, Tallandier, 2017. 222 p. ISBN: 979-10-210-2348-2.

Daly, Jonathan, *Crime and Punishment in Russia. A Comparative History from Peter the Great to Vladimir Putin*, Londres, Bloomsbury, 2018, 236 p. ISBN: 978-1-4742-2435-2.

Melchior, Jean-Philippe, *Ombres et lumières de la révolution russe. Culte de la personnalité, imaginaires sociaux et temps collectifs (1917-1953)*, Étival-lès-Le Mans, Éric Jammet éditeur, 2017. 246 p. ISBN: 978-2-904724-34-3.

Petrov, Victor y Riley Quinn, *An Analysis of Sheila Fitzpatrick's Everyday Stalinism. Ordinary Life in Extraordinary Times: Soviet Russia in the 1930s*, Macat Library-Routledge, 2017. 84p. ISBN: 978-1-912128-10-5.

Sánchez Resalt, Ana María, «Debates historiográficos sobre el estalinismo en lengua inglesa», *Ayer*, 110/2, 2018, pp. 313-329. ISSN: 1134-2277.

Serge, Victor, *Medianoche en el siglo*, Madrid, Alianza Editorial, 2016, 291 p. ISBN: 978-84-9104-533-5.

Shalámov, Varlam, *Relatos de Kolimá. VI: Ensayos sobre el mundo del hampa*. Posfacio de Ricardo San Vicente, Barcelona, Minúscula, 2017, 219 p. ISBN: 978-84-946754-4-7.

Shentalinski, Vitali, *La palabra arrestada*. Edición al cuidado de Jorge Ferrer. Barcelona, Galaxia Gutenberg, 555 p. ISBN: 978-84-17088-16-3.

Rance, Didier, *La gran prueba. Europa del Este, testigo de la fe en la persecución*, Madrid, Palabra, 2018, 315 pp. ISBN: 978-84-9061-707-6.

INFORMES Y ESTADOS DE LA CUESTIÓN

Los libros que comentamos son buena prueba de que el extraordinario interés que suscita la Revolución rusa de 1917, y que se puso bien de manifiesto con ocasión de su centenario, celebrado el año pasado, sigue siendo actual. En estas pocas páginas, nosotros nos vamos a centrar en el periodo del estalinismo, que es especialmente atrayente por lo lejano que parece de los ideales de la revolución y que dio lugar a testimonios personales y a obras de arte de gran entidad, casi siempre en los márgenes del sistema.

Los tres primeros libros abordan el estalinismo dentro de un marco más amplio. Así, Marc Ferro, conocido especialista en la historia de Rusia y de la Unión Soviética, se refiere a ese período desde el mismo prólogo de su obra. Después, en el segundo capítulo, «La esperanza traicionada», explica cómo ya en la etapa leninista (1917-1924) el Partido, «de la misma forma que cree que su práctica es científica, no juzga su acción violenta como criminal sino que la quiere eficaz» (p. 57). Cuando Lenin quiere parar a los capitalistas, no entiende que debe castigarlos por haber explotado a la clase obrera, sino por constituir un obstáculo a la construcción del socialismo. Casi sin darse cuenta, la revolución había así cambiado de principio: en febrero de 1917, como en 1789, la revolución estallaba en nombre del derecho. Después de octubre, entiende actuar en el sentido de la historia, al menos de la forma como la interpretan los adeptos del determinismo, seguros de su ciencia salida de las mejores fuentes y cuyo devenir era ineluctable. Para ayudar a esta marcha hacia el socialismo y asegurar su triunfo, es necesario hacer la guerra contra los que lo retrasan, voluntariamente o no; y, en primer lugar, exterminar a los enemigos del poder de los «soviets», necesidad mayor aún porque han hecho estallar la guerra civil y suscitado la intervención extranjera.

Otras categorías de sospechosos, ya en época de Lenin, afirma Ferro, son quienes dudan del análisis de los dirigentes, se oponen a él incluso cuando el Partido ha deliberado, y debilitan así el avance motor de las fuerzas de desarrollo. No pueden ser más que «históricos» (Lenin), enfermos, lo que legitima su envío al campo, después a casas de reposo, finalmente a asilos. A todos los que, incluso inocentemente, constituyen un obstáculo al buen funcionamiento del régimen se les debe impedir que molesten: obreros que no alcanzan las normas, responsables enriquecidos, etc. Para ellos son los campos de trabajo. Estas prácticas llegan a su cénit en época de Stalin, omnisciente en política, pero también en lingüística, biología, etc., y que en 1949 creyó poder restablecer la unidad

de las ciencias, las de la naturaleza y las de la sociedad. El inventario de los crímenes cometidos, ya difundido, al menos en parte, en el informe Kruschev en 1956, ha sido bien establecido después, y también las responsabilidades del poder público. Después de la muerte de Stalin, concluye Ferro, el régimen se ha modificado lentamente: el terror se enmienda, pero también se perpetúa interiorizado.

Jonathan Daly, también especialista en la historia de Rusia y de la URSS, dedica un capítulo de su obra a la era de Stalin (pp. 103-124), en el que se hace una buena síntesis del periodo, cuya lectura recomiendo vivamente y, en sus conclusiones, compara la justicia soviética y postsoviética con la zarista. Los temas claves son para él la relación de Rusia con Europa y con Occidente, el estatus de la ley en la sociedad rusa, las actitudes de los rusos respecto a los tribunales, el dualismo judicial y legal, «que se puede denominar el principio autocrático en Rusia» (p. 178) y las continuidades en el largo plazo.

Jean-Philippe Melchior es doctor en ciencia política y en sociología y se interesa especialmente por la memoria colectiva, por los imaginarios sociales y por los fenómenos carismáticos y de culto a la personalidad. Desde esta perspectiva dedica tres capítulos a la época de Stalin. Sus conclusiones recogen algunas afirmaciones interesantes sobre el estalinismo: en primer lugar, «el aparato del Partido y la prensa enseñaron a los soviéticos que Stalin era el continuador fiel de Lenin, a saber, un Lenin reencarnado. Lenin continuaría viviendo a través de Stalin. La promoción de una imagen de Stalin joven y dinámica debía asegurar a las masas: Stalin estaría allí largo tiempo para dirigir correctamente el país y para protegerlo contra sus enemigos interiores («traidores», «saboteadores», «espías trotskistas»...) y exteriores (capitalistas extranjeros y fascismos) que se daban la mano para amenazar la edificación del socialismo» (p. 227).

«La sucesión de periodos de traumatismos (...) favoreció una infantilización de los individuos (...). La infantilización provocó a su vez un deseo de protección y seguridad que el pequeño Padre de los pueblos debía satisfacer. La imagen de Stalin, impuesta por una considerable propaganda, ofrecía una respuesta a los medios y a las esperanzas de una gran parte de la población. El culto a Stalin contribuía así a volver a dar cohesión a una sociedad que había conocido una desintegración de sus antiguas normas, y a conferirle una dirección espiritual, simbolizando el

líder a la vez el programa ideológico, la realidad del poder, la construcción del socialismo y un porvenir lleno de promesas»(p. 228).

Pero la repetición del culto de la personalidad después y en otros países distintos a la URSS «impide considerar el culto a Stalin como un simple accidente cuyas causas arraigarían exclusivamente en el retraso cultural de la URSS o en la patología de Stalin» (p. 229)¹. El culto a la personalidad no sería así un fenómeno exclusivo del periodo estalinista sino común a todos los regímenes comunistas.

El libro de Petrov y Quinn y el artículo de la historiadora de la Pompeu Fabra Ana María Sánchez Resalt nos proporcionan informaciones muy útiles sobre la historiografía del estalinismo, sobre todo de la historiografía en lengua inglesa, la más desarrollada en este asunto, por lo demás. Hay muchas coincidencias entre ambas aproximaciones, aunque el librito de Petrov y Quinn es más rico en información. Sánchez Resalt distingue tres principales corrientes en dicha historiografía:

«Después de la Segunda Guerra Mundial, el modelo «totalitarista» dominó este ámbito de investigación, según el cual los acontecimientos y personajes políticos eran elementos centrales de la narración histórica y el individuo era visto como un objeto pasivo sujeto al control político. En los años sesenta, este modelo dio paso a la propuesta revisionista, que puso al individuo en el centro de dicha narración y estaba basado en la idea de la «revolución desde abajo», en la existencia de un apoyo masivo a los cambios sociales y a las medidas estatales y del Partido. Después la corriente revisionista conduciría a las propuestas postrevisionistas, que reincorporaron a sus investigaciones el estudio de la ideología. En la actualidad, la Escuela de Chicago («neotradicionalistas») y la Escuela de Columbia («modernistas») representan dos de las principales propuestas revisionistas en las que se discute el término ‘modernidad’ aplicado al estudio de la sociedad y la Unión Soviética durante el estalinismo» (p. 313).

La propuesta que insiste en el totalitarismo del régimen de Stalin se encuentra en las obras, algunas de ellas ya clásicas, de Zbigniew Brzezinski y Carl Friedrich, Hannah Arendt, y los historiadores Adam Ulam,

¹ Que yo sepa, no se ha escrito una historia detenida de la fama de Stalin a lo largo de los años, aunque es bien sabido que los juicios y hasta los epítetos que se le han dedicado son de los más diversos. Uno de los más extremos que me he encontrado recientemente es el título de un folleto editado en 1949 por las Éditions de Parti Communiste Français: *Staline, l'homme que nous aimons le plus*.

Robert Conquest y Richard Pipes², aunque su influencia se hace notar aún en la obra dirigida por Stéphane Courtois, *Le livre noir du communisme: crimes, terreur, répression*, publicada en París en 1997, o los dos libros posteriores del mismo autor: *Communisme et totalitarisme* (París, 2009) y *Lénine, l'inventeur du totalitarisme* (París, 2017). Algunos aspectos de los regímenes totalitarios serían la ideología que los guía, el control de los medios y de las comunicaciones, la planificación estatal de la economía y el terror masivo. La investigación dirigida por este modelo presentaba la URSS como un régimen del mal y enfocaba los más altos niveles de la política soviética: el Politburó, el Partido Comunista dirigente y los planificadores. Las fuentes principales de su investigación eran los textos de los líderes soviéticos (sobre todo, Lenin y Stalin) y los documentos oficiales del Partido-Estado.

Los historiadores revisionistas criticaron esta aproximación, centrándose en cambio en los burócratas que llevaban a cabo dichos planes y en la sociedad en general, incluidas las mujeres, los campesinos y los trabajadores. Entre los primeros revisionistas estaban el ruso Roy Medvedev y los estadounidenses Moshe Lewin y Stephen F. Cohen. La australiana Sheila Fitzpatrick se vio influida por su padre, Brian, un historiador y activista radical no académico que apoyaba la revolución rusa pero que no era comunista, y estudió primero en la Universidad de Melbourne y después en Oxford, donde se desilusionó por la casi total ausencia de «soviología», y acabó trasladándose a los Estados Unidos³. Sus prime-

² Richard Pipes, judío polaco de origen y profesor en Harvard, destaca por la originalidad de sus puntos de vista. Anticomunista acérrimo, era un admirador de la cultura rusa pero, al mismo tiempo, creía que el pueblo ruso necesitaba de mano dura tanto en tiempos zaristas como después de la Revolución. Para probar esa continuidad en la historia rusa escribió en 1974 su *Russia under the Old Regime*, y en su autobiografía, de significativo título (*Vixi. Memoirs of a Non-Belonger*, New Haven & Londres, Yale University Press, 2003, p. 89), afirma: «Yet when I returned to Cambridge [después de un viaje a Rusia] and told of this oppressive sensation [la que le produjo el contacto con el pueblo ruso], one of the senior professors, echoing Pontius Pilate, responded: "Dick, how do we know what is a lie and what the truth?". This deliberate eschewal of the human and the moral in dealing with the Soviet Union characterized the entire profession of 'Sovietology' and accounted in good measure for its dismal failure to foresee that country's fate».

³ Fitzpatrick ha publicado dos libros de memorias importantes: los recuerdos de su niñez y la influencia de su padre (*My father's daughter: memories of an Australian childhood*, Carlton, Vic., Melbourne University Press, 2010) y los de sus primeros años como investigadora en la Unión Soviética (*A Spy in the Archives: A Memoir of Cold War Russia*, Londres-Nueva York, I.B. Tauris, 2014). Por otra parte, además del libro de Petrov-Quinn y de las reseñas en revistas especializadas, se han publicado varios artículos y libros sobre su obra. Ver Bone, Jonathan; Mark Edele, Matthew Lenoe y Ron Suny, «Roundtable: What is a School? Is There a Fitzpatrick School of Soviet Studies?», *Acta Slavica Iaponica*, 24 (2007), pp. 229-41; Alexopoulos, Golfo; Julie Hessler y Kiril To-

ras obras no eran, sin embargo, típicas del revisionismo porque se centraban, como lo hicieron después los historiadores postrevisionistas, en la cultura soviética⁴.

Los revisionistas —historiadores como Fitzpatrick, J. Arch Getty, Roberta Manning o Lynne Viola— se vieron influidos por la historia «desde abajo» de E. P. Thompson y Eric Hobsbawm (Sánchez Resalt, p. 328) y trataron de descubrir el peso de los factores socioeconómicos en el funcionamiento del sistema soviético, la base social del estalinismo, la naturaleza instrumental del Terror y la imperfecta puesta en marcha de las políticas centrales en las provincias. A finales de los 80 y primeros de los 90 iniciaron sus investigaciones los historiadores post revisionistas, como Stephen Kotkin o Jochen Hellbeck, que pusieron el acento en la historia cultural y pudieron ya trabajar —como todos los soviólogos—, desintegrada la Unión Soviética, con nuevos archivos soviéticos, tanto oficiales como personales.

Naturalmente, las propuestas totalitaristas y revisionistas se podían conciliar, pues no en vano estudiaban una misma realidad, bien desde la perspectiva del Partido/Estado, bien desde la del ciudadano/pueblo. Así, autores como Mark Edele y Stephen Kotkin afirmaron que la sociedad estalinista no podía entenderse fuera del marco del Estado totalitario que la engendró. El primero señaló puntos de encuentro entre ambos modelos en el estudio *Harvard Project on the Soviet Social System* (1950-1959) y en la modélica obra de Merle Fainsod, *Smolensk under the Soviet Rule* (1958), basada en ricas fuentes primarias. El segundo propuso superar la dicotomía revisionista Estado-sociedad e integrar la historia «desde arriba» y «desde abajo» recurriendo al concepto de «civilización estalinista»⁵. Sánchez Resalt también estudia las controversias a que han dado lugar las propuestas revisionistas y postrevisio-

moff, eds., *Writing the Stalin Era: Sheila Fitzpatrick and Soviet Historiography*, Nueva York, Palgrave Macmillan, 2011; Öberg, Johan, «Sheila Fitzpatrick: A Leading Lady in Soviet Studies», *Baltic Worlds*, 1 (2012), pp. 4-10.

⁴ Sus dos primeras obras importantes fueron: *The Commissariat of Enlightenment: Soviet Organization of Education and the Arts under Lunacharsky* (1970; hay traducción española ¡de 2017!, Madrid, Siglo XXI, 2018) y *Education and Social Mobility in the Soviet Union, 1921-1934*, Cambridge, Cambridge University Press, 1979. Véanse también: *The Cultural Front: Power and Culture in Revolutionary Russia* (1992) y *Cultural Revolution in Russia, 1929-1931*, Bloomington, Indiana University Press, 1994. En 1989 Marc Ferro y Sheila Fitzpatrick dirigieron el libro *Culture et révolution*, Éditions de l'EHESS.

⁵ Kotkin, Stephen, *Magnetic mountain: Stalinism as a Civilization*, Berkeley, University of California Press, 1995.

nistas dentro de su propio grupo o por otros historiadores difíciles de encasillar (pp. 319-324).

Por último, la joven historiadora catalana presenta las dos escuelas más representativas en el estudio del estalinismo en la actualidad: la escuela de Columbia, encabezada por Kotkin, llamada también «modernista» porque defiende que hablar de modernidad desde los parámetros de la modernidad occidental —democracia parlamentaria, economía de mercado— no es lo más apropiado para el caso de la Unión Soviética, que podría ser vista mejor como un ejemplo de modernidad alternativa. «La modernidad soviética estaría basada en opciones estatistas como la planificación estatal, la vigilancia, la disciplina del individuo y del colectivo, el cientificismo, las medidas relacionadas con el «bienestar social», etc. (...). Una modernidad propia que sería la base para el desarrollo de la noción de «estalinismo como civilización» propuesta por Kotkin» (pp. 324-325).

Por su parte, la escuela de Chicago o neotradicionalista, liderada por Fitzpatrick, prefiere centrarse en los fenómenos arcaizantes que son también parte del estalinismo. Entre ellos, el sistema del *blat* —red de intercambio privado y no oficial de servicios, productos o favores personales—, las redes de patronazgo o clientelismo, la mistificación del poder o, de modo más general, la utilización de la metáfora de «comedor de beneficencia» que a Fitzpatrick le parece la más adecuada para describir simbólicamente las relaciones del Estado estalinista con su pueblo, con lo que ella misma ha llamado el *Homo Sovieticus*⁶. «Asimismo, escribe

⁶ Las otras metáforas que plantea, pero que desecha, son las de una prisión y un internado: véase Petrov-Quinn, 12, 31-36-7. Estas metáforas se discuten en su obra *Everyday Stalinism: Ordinary Life in Extraordinary Times: Russia in the 1930s*, Nueva York, Oxford University Press, 1999. La expresión *Homo Sovieticus* también ha tenido una larga historia: la emplea, por ejemplo, la Premio Nobel Svetlana Aleksiévitich en una de sus mejores obras: *El fin del «Homo sovieticus»*, Barcelona, Acantilado, 2015. Otras obras importantes de Fitzpatrick son: *Stalin's Peasants: Resistance and Survival in the Russian Village after Collectivization*, Nueva York, Oxford University Press, 1994; *Tear Off the Masks! Identity and Imposture in Twentieth-Century Russia*, Princeton, Princeton University Press, 2005; y *On Stalin's Team*, Princeton, Princeton University Press, 2015 (hay traducción española, Barcelona, Crítica, 2016). La lectura de las páginas conclusivas de esta última obra es especialmente recomendable porque, como escribe la autora, «he dirigido este libro al público lector en general, y no sólo a los historiadores y los especialistas de este campo, por lo que incluyo sólo un mínimo de historiografía. Pero yo misma soy historiadora y profesora universitaria, y soy consciente de qué han escrito otros autores sobre el tema, por lo que mi relato necesariamente estará en sintonía o en desacuerdo con otros textos en determinados aspectos, o a veces emprenderá un camino propio. El objetivo de este capítulo final [la Conclusión] es, por un lado, explicar a los lectores interesados de qué temas se está debatiendo hoy entre bambalinas y, por otro, señalar nuevos hallazgos y conclusiones de cara al debate de los expertos» (p. 345 de la edición española).

también Sánchez Resalt, los neotradicionalistas incorporan muchos patrones del revisionismo más clásico, como la importancia de las consecuencias imprevistas del mandato “desde arriba” o la discontinuidad entre los años veinte y los años treinta. En el grupo modernista, por otro lado, se preocupan más por las dimensiones políticas e ideológicas del estudio del estalinismo, no rechazan las aportaciones de los “totalitaristas” y ven más continuidades que rupturas entre los liderazgos de Lenin y Stalin» (p. 325).

Concluye nuestra autora recogiendo las más recientes propuestas de estudio dentro del revisionismo y posrevisionismo: entre ellas destacan el debate sobre el retroceso o no del socialismo en Rusia en tiempos de Stalin⁷, y los estudios de la subjetividad y del yo para explorar cómo era la influencia de la visión comunista del mundo en el ciudadano soviético⁸.

Pero sobre el estalinismo se han publicado siempre otro tipo de testimonios a los que ya me he referido al principio: son los testimonios de opositores al régimen de Stalin o de intelectuales perseguidos por dicho régimen. He querido referirme en estas páginas a cuatro obras publicadas en castellano entre 2016 y 2018.

Por orden cronológico, la primera en aparecer fue el libro de Víctor Serge *Medianoche en el siglo*, que es la traducción de 2016 de un libro editado en francés en 2009 y escrito en 1936-1938. Aunque nacido en Bruselas, hijo de exiliados rusos, en 1890, Víctor Lvovich Kibalchich viajó a Rusia y se unió a los bolcheviques en 1917, con los que primero ocupó cargos importantes para después, por su independencia intelectual y sus denuncias de la represión y de los crímenes del régimen, ser perseguido y acabar en el Gulag. En 1936 logró salir de la Unión Soviética y se instaló

⁷ Ver la obra clásica de Nikolái Timasheff, *The Great Retreat. The Growth and Decline of Communism in Russia* (1946) y, recientemente, John Gooding, *Socialism in Russia. Lenin and His Legacy, 1890-1991*, Basingstoke, Palgrave, 2001; Richard Stites, *Revolutionary Dreams: Utopian Vision and Experimental Life in the Russian Revolution*, Nueva York-Oxford, Oxford University Press, 1989; y, en sentido opuesto, David Hoffmann, *Stalinist Values. The Cultural Norms of Soviet Modernity, 1917-1941*, Nueva York, Cornell University Press, 2003.

⁸ Jochen Hellbeck, *Revolution on my Mind: Writing a Diary under Stalin*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 2006; también de Hellbeck, «Fashioning the Stalinist Soul: The Diary of Stepan Podlubnyi (1831-1939)», en Sheila Fitzpatrick, ed., *Stalinism: New Directions*, Londres, Routledge, 2000, pp. 77-116; Igal Halfin, *Terror in my Soul. Communist Autobiographies on Trial*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 2003; también de Halfin, *Stalinist Confessions: Messianism and Terror at the Leningrad Communist University*, Pittsburgh, University of Pittsburgh Press, 2009.

en Francia, desde donde se dedicó a narrar sus decepciones con el comunismo real en sus memorias⁹ y en obras como *El nacimiento de nuestra fuerza* o *Los años sin perdón*, entre otras. Susan Sontag considera a Serge «uno de los héroes éticos y literarios más imponentes del siglo XX»¹⁰.

Medianoche en el siglo es la historia de un grupo de opositores a Stalin que sufren, son maltratados y finalmente asesinados por el régimen comunista. Serge, quien ya había escrito que, «a fin de cuentas, la verdad sí existe», afirma en esta novela viva que «la revolución revela una cara falsa que ya no es la suya. Se refuta a sí misma, se niega, nos quiebra, nos mata», mientras que los opositores a ella descubren en medio de sus tormentos, como Rodión en la última página de la obra, que todavía había verdadera y totalmente seres humanos, quienes les ayudaban en sus peores momentos.

En 2017 se publicó en castellano el sexto y último volumen de los *Relatos de Kolimá*, la obra cumbre de Varlam Shalámov (Vologda, 1907-Moscú, 1982), «seis ciclos contundentes, arrebatadores, verídicos, pavorosos y al mismo tiempo bellos», como los califica en su «Posfacio» (p. 189) su traductor, Ricardo San Vicente. Los seis volúmenes, publicados entre 2007 y 2017, nos presentan, a través de breves relatos, la dureza, la inhumanidad de la vida en el Gulag de la Siberia oriental. Como escribe San Vicente, se trata de «una obra revolucionaria, de un creador que siempre busca dar respuesta a la pregunta de “cómo contar esto” (...), una obra documental. Ni una gota de falsedad asoma en sus muchas páginas, lo que hace de esta obra —en palabras del propio autor—, más que un testimonio, un documento, una prueba ante el juicio de lo que es capaz de hacer el hombre, de aquello a lo que puede llegar en las condiciones narradas por Shalámov» (p. 208). Invito al interesado por estas líneas a leer los 47 puntos del documento final del autor que incluye su traductor en las páginas 209-214: «Qué he visto y comprendido en los campos», escrito en 1961.

Llegamos al gran libro de Vitali Shentalinski, *La palabra arrestada*, traducido al español en 2018 y que arranca con un prólogo de gran vigor narrativo del autor («¿“Conservar a perpetuidad”? o ¿“Estrictamente confidencial”?»), y concluye con un más largo y también magnífico epí-

⁹ *Memorias de mundos desaparecidos*, escritas en México en 1942-1943, según informa Susan Sontag en su introducción a otra de sus novelas, *El caso Tuláyev*, Madrid, Santillana, 2007.

¹⁰ Ver la introducción citada en la nota anterior, p. VII.

logo («Un fármaco contra la desmemoria»). En esos dos textos se explica el propósito y los logros de la obra. El proceso se abre con una carta de Shentalinski a sus compañeros escritores, de 5 de enero de 1988, en plena *perestroika*, en la que les proponía crear una Comisión especial en el marco de la Unión de Escritores que tratara de recuperar de los archivos de la policía secreta soviética todos los manuscritos que se guardasen en la Lubianka de los aproximadamente 2.000 escritores —de ellos cerca de 1.500 muertos en cárceles y campos de trabajo— detenidos durante los años de poder soviético. La Comisión se constituyó y la tarea se llevó a término.

Como afirma también Shentalinski, «la palabra y la literatura han ocupado siempre un lugar prominente en la vida de los rusos. En Rusia, la literatura ha sido siempre más que un mero arte y ha hecho las veces de un parlamento del que la sociedad se ha servido para compensar la carencia de un parlamento político. La literatura ha sido, pues, la voz de la conciencia y de la verdad. En Rusia se ha asesinado por las palabras: ¡así de alto se las cotiza!» (p. 12), en todo tiempo, pero más durante el totalitarismo soviético, que se ensañó con la *intelligentsia* y la creación artística como nunca antes en la historia de Rusia y muy pocas veces en toda la historia de la humanidad.

Este libro se centra en ocho de los mejores escritores rusos del siglo XX, víctimas del estalinismo: Isaak Bábel, Ósip Mandelstam, Mijaíl Bulgákov, Marina Tsvietáieva, Andréi Platónov, Anna Ajmátova, Maksim Gorki y Boris Pasternak. En cada uno de los casos se narra el arresto, la declaración, el proceso, la sentencia y, en su caso, la rehabilitación. La documentación la obtuvieron Shentalinski y sus colaboradores de los archivos secretos de la KGB (antes, Cheka, GPU, etc.) y de la Oficina de la Fiscalía de la URSS durante los años —que no han sido muchos porque dichos archivos vuelven hoy a estar cerrados por decisión gubernamental— en que permanecieron abiertos a la consulta pública. El resultado es una obra bella y estremecedora que recomiendo vivamente al lector.

El último libro que quiero comentar es el del diácono católico e historiador francés Didier Rance, publicado en 2016 en París y traducido al castellano en 2018. La obra es fruto de una exigente selección de las propias fuentes reunidas por el autor. Como escribe en su introducción, «inmediatamente después de la caída del Muro de Berlín y el Telón de Acero, viajé a Europa central y oriental en representación de la AIN (Ayuda a la Iglesia Necesitada) para encontrarme con una serie de hom-

bres y mujeres que tenían una característica en común: todos ellos habían dado testimonio de la fe en medio de la persecución, y todos ellos tuvieron que pagar el precio. Esta iniciativa dio lugar a una decena de obras, tanto monografías país por país como numerosos artículos, que se nutrieron de mi participación en la Comisión Pontificia *Nuovi Martiri*, entre 1995 y 2000» (p. 11).

En este libro se recogen sólo diez de estos testimonios, basados en los encuentros de Rance con sus protagonistas: se trata del jesuita albanés Anton Luli (1910-1998); del cardenal-arzobispo de Minsk (Bielorrusia) Kazimiersk Świątek (1914-2011); del sacerdote búlgaro Gavril Belovejdiv (1920-2003); de la religiosa lituana Nijolé Sadūnaitė (1938-); del sacerdote de la iglesia Greco-católica rumana Alexandru Todea (1912-2002), después Obispo y cardenal; del Obispo eslovaco y cardenal Ján Chryzostom Korec (1924-2015); del laico, también eslovaco, Silvester Krčméry (1924-2013); de la religiosa húngara Jana Šrutová (1923-1998); del sacerdote de la iglesia Greco-católica ucraniana Orest Arkadevych Huhlevych (1908-) y su esposa Neolina; y de la seglar de la iglesia Greco católica ucraniana Stephaniya Shabatura (1938-2014).

De todos ellos, únicamente el bielorruso, los ucranianos y la lituana conocieron el Gulag soviético; pero en todos se encuentran las mismas constantes que hace notar el autor en su epílogo: las similitudes de estos testimonios de amor y sufrimiento proceden, en parte, de la misma ideología atea, empeñada en hacer desaparecer la fe cristiana. Rasgos comunes a todos ellos son también: «todos los protagonistas eran responsables de la iglesia, de una congregación, de un movimiento o una publicación clandestina (a excepción de los Huhlevych, unos “soldados de segunda clase en la gran causa de Dios”); todos pasaron por la cárcel o los campos de trabajo; todos contribuyeron al final de la dictadura en su país; todos mantuvieron su compromiso cristiano después de la caída del comunismo» (p. 279). Merecía la pena aportar los testimonios recogidos en este libro no sólo porque suponen una nueva constatación del carácter anticristiano del comunismo, demostrado en tantas publicaciones anteriores¹¹, sino también por su riqueza y vivacidad.

¹¹ Me voy a referir únicamente al libro de Jean Meyer, *Rusia y sus Imperios (1894-2005)*, México-Barcelona, FCE-Tusquets, 2007, que en pp.156-162 describe el «asalto contra la Iglesia» ortodoxa que desde 1921 protagonizó ya Lenin. Durante el estalinismo la persecución religiosa se mantiene y alcanza también a confesiones cristianas minoritarias como los pacifistas Adventistas del Séptimo Día. Ver Hiroaki Kuromiya, *Conscience on Trial: the Fate of Fourteen Pacifists in the USSR*,

INFORMES Y ESTADOS DE LA CUESTIÓN

Una última observación, antes de concluir este informe: no se ha tratado en él de demostrar los errores/horrores del comunismo, tantas veces señalados. De hecho, mi intención era presentar también en él el Tercer Reich/Partido y la sociedad nacionalsocialistas alemanes, con Adolf Hitler a la cabeza, y sus conocidos genocidio antisemita y racismo ateo; pero me ha parecido que mi escrito sería demasiado largo y denso. Baste con citar a pie de página algunas obras recientes sobre él¹².

1952-1953, Toronto-Buffalo, University of Toronto Press, 2012.

¹² Mercedes Monmany, *Ya sabes que volveré. Tres grandes escritoras en Auschwitz: Irène Némirovsky, Gertrud Kolmar y Etty Hillesum*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2017, que nos presenta bien a las tres; Philippe Sands, *Calle Este-Oeste. Sobre los orígenes de «genocidio» y «crímenes contra la humanidad»*, Barcelona, Anagrama, 2017; Bogdan Wojdowski, *Pan para los muertos. Historias del gueto de Varsovia*. Introducción y traducción de Elzbieta Bortkiewicz. Epílogo de José Miguel Parra, Almería, Confluencias, 2017 (la edición polaca es de 1971). Es «la mejor novela sobre el gueto de Varsovia, una de las voces más potentes de los hijos del Holocausto» (13) al menos tal como la definió el poeta Henryk Grynberg; Steven J. Zipperstein, *Pogrom. Kishinev and the Tilt of History*, Nueva York-Londres, Liveright Publishing Corporation. A Division of W.W. Norton & Company, 2018, una muy sólida monografía, que ofrece, en palabras de su autor, «a singular and revealing way of exploring how Jews of Russia and beyond would come to understand themselves and, in turn, came to be understood by others» (p. 209); y Thomas Weber, *De Adolf a Hitler*, Taurus, 2018. De esta biografía ha escrito Harold James que «es el libro más importante sobre Hitler y el nazismo desde la monumental biografía de Ian Kershaw» y Michael Ignatieff que el autor «muestra la aterradora originalidad de Hitler como pensador extremista y comprometido, desde el comienzo de su ascenso meteórico, con la restauración de la grandeza alemana y la destrucción de los judíos».